

OCTAVIO PAZ Y ELENA GARRO:  
UNA INCOMPATIBILIDAD CREATIVA

POR

PETER G. EARLE

¿Dónde termina la literatura y dónde comienzan  
la historia, la psicología, la biografía?

Octavio Paz

I

Para el escritor, dice Gabriel García Márquez en el epígrafe de sus memorias – *Vivir para contarla* (2002)– “la vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”. Su observación nos ayuda a entender con mayor claridad las vidas y obras de Octavio Paz y Elena Garro; primero casados –desde 1937, luego separados– aunque sin divorcio legal –por el año 1959. Dos vidas de verdad “para contarlas”, enigmáticas en sí, y de gran importancia para la historia literaria hispanoamericana.

Por un lado Octavio Paz (1914-1998), discurre en muchos ensayos y entrevistas sobre literatura, historia y cultura, pero poco dice de sus relaciones personales –salvo con algunos individuos de influencia particular (como su abuelo Ireneo Paz), o de especial importancia histórica o literaria. En un testimonio declara que “el poeta no tiene biografía”, pero deja abierta la posibilidad de que si en alguna medida la tiene, se encontrará en sus obras (Covarrubias 12). Piensa que el poeta es sobre todo “espejo de [sus] palabras”, como dice en *Pasado en claro*, su mejor poema autobiográfico. Por otro lado, su primera esposa, Elena Garro (1916-1998), y la hija de ambos, Helena Paz Garro (1939), han expuesto abiertamente en diversos textos sus experiencias. Sus escritos echan luz de varias intensidades sobre la personalidad e idiosincrasias de Paz –es decir, del poeta en los contextos de creador, de marido y de padre, y al mismo tiempo sobre las suyas propias– y hablan con singular franqueza del ambiente familiar y social en que vivían.

Pero aparte del reconocimiento del crítico Emmanuel Carballo, del dramaturgo Emilio Carballido, de la biógrafa Patricia Rosas Lopátegui, de las investigadoras literarias

Lucía Melgar y Gabriela Mora y de la memorialista Helena Paz Garro, la esposa Elena recibió durante su medio siglo a la sombra del marido Octavio un mínimo de atención. Sus vidas nos recuerdan que mientras la historia de los individuos, de las naciones y de las obras de arte es función indicada y a veces dirigida por sus “autoridades” o expertos de cierto prestigio, también la escriben –como puedan y a veces inadvertidamente– los que esa misma historia olvida o subestima. Se sabe que gran parte de lo expresado por éstos se pierde, o se soslaya. También se sabe que el punto de vista de un autor es susceptible a juicios equivocados y, a veces, al desconocimiento deliberado. Helena Paz Garro recuerda, por ejemplo, cómo reacciona su padre a una opinión de su madre durante una conversación de sobremesa en México. Elena dice:

–Tucídides, el gran historiador griego, es el creador de la historia moderna.  
Mi padre la miró con frialdad y dijo inexpresivo:  
–Después de esa desagradable interrupción, podemos continuar. (*Memorias* 383)

El desaire es buen ejemplo del “ninguneo” mexicano sobre el cual teoriza el mismo Paz en *El laberinto de la soledad*: uno de tantos ejemplos que le brindan a los críticos una clara *perspectiva biográfica*. Conforme a ella se consideran las duras circunstancias –psicológicas, económicas, profesionales, políticas, culturales, literarias, geográficas– de la familia Paz-Garro, especialmente en las consecuencias para Elena.

La biografía en conjunto de Octavio Paz, Elena Garro y su hija, desarrollada en una variedad de países y escenarios, sigue completándose hoy. Para las dos mujeres los días y noches se convirtieron en una serie de tropiezos y frustraciones, y ellas se hallaron en un estado de abandono y pobreza entre los años setenta y noventa del siglo pasado. Sus dificultades se revelan entre otras partes en el testimonio de Luis Enrique Ramírez sobre el regreso de las dos, ya definitivo, en avión de París a México el 10 de junio de 1993: “Tras ella [Elena Garro] salen de la nave diez gatos, cada uno en su jaula; y con ella otros tres [...] Cuatro enormes maletas componen su equipaje. Después llegarán las 60 cajas en que depositó sus libros” (Ramírez 111).

A esa biblioteca que quedaba por enviarse hay que agregar, según observa la reportera Patricia Vega, otro material importante: “... en otras dos [cajas], sus manuscritos sobre la Revolución soviética” y “también se trajo las notas de sus diarios, aunque estaban todas revueltas y las 200 páginas de una novela que se encontró ‘hechas harina’ debajo de un cojín y el manuscrito de la obra ‘Parada San Angel’ [publicada después, en 2005] que fue orinado por los gatos” (138).

A pesar de esos orines y otros desprecios, la indiferencia general de los intelectuales mexicanos, y los obstáculos impuestos por unas cuantas personas a través de los años, han empezado a aparecer evidencias aclaratorias. En octubre de 2003 salió el libro *Memorias* (463 páginas) de Helena Paz Garro. Entre 2000 y 2005, Patricia Rosas Lopátegui publicó en tres tomos una biografía de Elena Garro. Y desde los años ochenta, sobre todo desde



1998, han aparecido muchos artículos y entrevistas sobre su obra y el dilema en que vivía. La colección de testimonios, entrevistas y correspondencia más informativa es probablemente *Elena Garro: Lectura múltiple de una personalidad compleja*, editada por Lucía Melgar y Gabriela Mora (2002).

En los destinos personales de Paz y Garro hubo una gran disparidad. Octavio corrió siempre la mejor suerte publicitaria. En una carta extensa de 1982 a Emmanuel Carballo Elena escribe: “yo ignoro la vida y milagros de Octavio Paz. Si los ignoraba cuando estuve casada con él, pues ahora mucho más, *entre él y sus amigos los cubren con un espeso velo de misterio imposible de penetrar*” (528, énfasis mío). En efecto, el prestigio y los premios (incluso el Nobel de 1990) de Paz en calidad de escritor le confirieron una especie de inmunidad que lo protegía de críticas personales. Sus biógrafos (que son todavía pocos y generalmente parcos en detalles personales), sus críticos literarios, y los reporteros que lo entrevistaban, lo trataron casi siempre con respeto y el “espeso velo de misterio” siempre lo protegió. En cambio, las dos Elenas han sido retratadas más bien como figuras desconfiables y, a partir de la turbulencia política en México en 1968, como personas de cierto peligro para el país. Además, Elena Garro con tanto talento literario inventivo creaba para algunos críticos la impresión de no decir la verdad. Uno de ellos, Guillermo Sheridan en su *Poeta con paisaje: Ensayos sobre la vida de Octavio Paz* (refiriéndose a *Memorias de España, 1937*, de Garro) –que Emmanuel Carballo califica “una de las páginas maestras de las memorias mexicanas, comparable quizá con el *Ulises criollo* de José Vasconcelos” (Landeros, *Yo, Elena* 17)– dice: “Es un relato que, desde luego, hay que tomar *cum bastante grano salis*: Garro no era una mujer –digámoslo sin tiento– muy atenta a la verdad, o siquiera preocupada por la verosimilitud” (Sheridan 250). A ese juicio ligero hay que responder, también “sin tiento”, que Sheridan no se molesta en precisar su calificación, pues en las 569 páginas de *Poeta con paisaje* (con 54 notas al pie referentes a Elena Garro) no documenta nada para confirmar su imagen de Garro como una simple mentirosa. En verdad el “velo de misterio” siguió intacto, como una actitud compartida por varios escritores y críticos de renombre. Recuerdo al respecto una conversación de 1978 con Carlos Fuentes en la Universidad de Pennsylvania en la que mencioné a Elena Garro. Su reacción fue un silencio repentino, acompañado de una triste sonrisa, y un movimiento negativo de la cabeza. Fue claro que Fuentes no quería comentar sobre la situación de dos conocidos que se llevaban mal.

## II

En efecto, desde su noche de bodas el 25 de mayo de 1937 (antes del viaje tres semanas después a España) hasta sus respectivas muertes en abril y agosto de 1998, Octavio Paz y Elena Garro no se llevaban bien. El matrimonio resultó ser, para él, una extraña síntesis de conveniencias y enojos; y para ella, una serie de sumisiones



y frustraciones. En sus *Memorias de España 1937*, Elena reflexiona: “Durante mi matrimonio, siempre tuve la impresión de estar en un internado de reglas estrictas y regañones cotidianos” (150).

Sin embargo, a veces hubo, durante las casi tres décadas en que duraron tristemente casados, ocasiones de congenialidad *literaria*, establecida ya a principios de su noviazgo (1935). “Era loco Octavio...Tomó la costumbre de acompañarme de la escuela [la preparatoria de San Ildefonso] a la casa. Desde San Ildefonso hasta Mexicali 40, allí por el Parque México, nos íbamos a pie, hablando de libros. Camine y camine y platique y platique. Llegábamos, y entraba conmigo a la casa. Mi papa decía, ‘Es comovedor este chico, tan joven y lo culto que es, y se interesa por todo’. Yo los dejaba conversando y me iba a dormir” (126).

Pero su relación personal fue otra cosa; y los dos buscaron un precario alivio en sus respectivas *liaisons* amorosas. Se repite *ad infinitum* que la vida personal y la profesional son entidades distintas; pero cuando de artistas y escritores se trata como en el caso Paz-Garro, la voluntad emocional y los empeños artísticos resultan ser inseparables. La entrada del 15 de agosto de 1973 del diario de Elena contiene una pregunta (de Helena) y su respuesta (de Elena):

Pregunta de Helena: –¿Qué es escribir para nosotras?

Respuesta de Elena: –Es detenerse a medio camino para oír cantar a un pájaro que no existe”. (Rosas Lopátegui 303)

La pregunta y su respuesta iluminan el dilema de dos mujeres predestinadas a rescatar sus existencias en la única forma posible: escribiendo. En París en abril de 1947 Elena Garro intentó suicidarse dos veces (junto con Helena que entonces tenía siete años), tomando muchas píldoras de dormir –“vamos a tener un sueño rico” le aseguró la madre a su hija– mientras abría el gas de la cocina. Antes y después de esos intentos Garro sufrió repetidas depresiones, y una soledad de la cual “un pájaro que no existe” resulta ser la metáfora apropiada. Las vidas y obras de las dos Elenas nos demuestran que el malestar psicológico y la creatividad literaria no tienen que ser incompatibles. La autora de *Inés* y *Testimonios sobre Mariana*, sobre todo, asimiló su estado depresivo como materia prima de lo que escribía.

El novelista Kurt Vonnegut, muerto en 2007, confirma ese aspecto artístico de la inestabilidad psicológica; pues él también en una ocasión intentó suicidarse, y llegó al extremo de decir en un discurso ante la American Psychiatric Association que “you cannot be a good writer of serious fiction if you are not depressed” (Romano D5).

En cuanto a Octavio Paz, su confianza en sí mismo parece haberle servido de escudo; pues ni en los pocos aspectos de su experiencia personal que hasta ahora se nos han revelado, ni en lo que escribió se encuentran estados depresivos. Por supuesto, siguiendo la teoría de Vonnegut, Paz no era autor de “serious fiction” sino del lenguaje



libre y magistral del gran poeta, ensayista y crítico que transforma la realidad en visiones de poderosa belleza y ejerce un notable *vigor egocéntrico*, que le resulta ser sumamente productivo—comparable a la misma tendencia en escritores tan variados como José Ortega y Gasset, Pablo Neruda, Miguel de Unamuno, Malcolm Cowley, y Norman Mailer.

En fin, a base del conflicto de voluntades maritales se realizó para la historia literaria una obra desigual pero también interdependiente (es fácil ver hasta qué punto se revive la abnegación femenina descrita por Paz en el capítulo 4, “Los hijos de la Malinche”, de *El laberinto de la soledad* en las experiencias y sensibilidades literarias de su esposa y su hija). Helena parece haber tomado las restricciones impuestas, principalmente por su padre, como reto para protestar con un extenso testimonio—sus *Memorias* (2003)—obra que registra sus quejas y frustraciones desde muy joven.

Por su parte Elena, la esposa en ascuas, difunde sus experiencias reales en las aventuras y retratos imaginarios de sus narraciones y obras teatrales. Y con sus *Memorias* (2003) Helena—la poeta e hija siempre frustrada en sus aspiraciones artísticas—les abre a sus lectores las puertas y ventanas de la casa “virtual” en la que se habían encerrado las extrañas adversidades de su familia.

Procedo ahora con retratos abiertos de los dos protagonistas, enredados al mismo tiempo que distanciados: primero, del gran escritor, marido y padre; luego, de la narradora y dramaturga, esposa y madre. Digo “retratos abiertos” en el sentido de que al lector le queda la libertad de ajustar o completarlos conforme a sus propios conocimientos.

### III

Aparte de sus entusiasmos literarios, y a pesar de sus grandes desacuerdos personales, el matrimonio Paz-Garro compartía (por casualidad y por instinto) una doble pasión—el amor y la política—que el poeta llama “los dos extremos de las relaciones humanas: lo público y lo íntimo, la plaza y la alcoba, el grupo y la pareja”.<sup>1</sup> Ambos nacieron, en 1914 y en 1916, al calor de la Revolución Mexicana. Padecieron—ella más que él—estrecheces económicas. Presenciaron muy de cerca la guerra civil en España. Tuvieron grandes desacuerdos personales y amores extra-maritales antes de su separación definitiva (sin divorcio legal) en 1959. Conocieron de distinta pero intensa manera la crisis mexicana de 1968. Nótese que de estas coincidencias la única aventura política que pasaron juntos fue la de España entre junio y octubre de 1937.

Se casaron en un juzgado de la ciudad de México en mayo de 1937, por la precipitada iniciativa de Octavio y sólo por lo civil, sin previo aviso a nadie, ni la asistencia de ningún familiar. Elena no sabía de antemano que se iban a casar ese día. Según recuerda,

<sup>1</sup> Del discurso que Paz leyó (con motivo de sus 70 años de edad) en el homenaje que le hizo el Instituto Nacional de Bellas Artes. (“Más allá de las fechas, más acá de los nombres”, reproducido en *Obras completas*, XIV, 359-363).



Octavio “me fue a esperar [...] Yo iba a un examen de latín. [Octavio] estaba esperando en una esquina con un grupo de amigos”, y de allí fueron directamente al juzgado (Rosas Lopátegui 79). Con ese rápido desenlace, y el viaje emprendido poco después a España con motivo del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura en Valencia (julio de 1937), se fijaron las condiciones caóticas de vida en que pasó la familia Paz-Garro el resto del siglo.

Para empezar, los dos procedían de familias raras. En las 44 sucintas páginas de su poema *Pasado en claro* Paz revive el ambiente misterioso en la casa de su niñez y primera juventud y, en forma aguda, imágenes de sus padres: primero, en su persistente presencia,

Mi madre, niña de mil años,  
madre del mundo, huérfana de mí,  
abnegada, feroz, obtusa, providente,  
jilguera, perra, hormiga, jabalina,  
mi madre: pan que yo cortaba  
con su propio cuchillo cada día.

y pocos versos más adelante, del padre siempre activo y alcohólico, al fin atropellado y muerto por un tren en Mixcoac,

Del vómito a la sed,  
atado al potro del alcohol,  
mi padre iba y venía entre las llamas.  
Por los durmientes y las rieles  
de una estación de moscas y de polvo  
una tarde juntamos sus pedazos.  
Yo nunca pude hablar con él.

Como el último verso indica (“yo nunca pude hablar con él”) la relación con su padre fue distante. Hijo del político, periodista y novelista Ireneo Paz Flores, el abogado y periodista Octavio Paz Solórzano (1883-1936) se casó con la española nacida en México, Josefina Lozano de Paz (1893-1980), en diciembre de 1911.

El variado status político de Paz Solórzano y la inestabilidad general de la época en la que pronto se transformó la revolución en una extensa y complicada guerra civil determinaron la iniciación escolar del niño Paz y su primera residencia extranjera, eso es, en los Estados Unidos.

Faltan datos precisos, pero se sabe que en 1916 el padre se instala, al recibir su nuevo puesto como representante exiliado de Emiliano Zapata (en Los Angeles) y que “un tiempo después” lo siguieron su madre y Octavio. Según recuerda en *Itinerario* (1993), “mis padres decidieron que fuera al *kindergarden* del barrio. Tenía seis [*sic*]



años y no hablaba una sola palabra de inglés.<sup>2</sup> [...] Era una escuela angloamericana y solo dos de los alumnos eran de origen mexicano”. El primer día a la hora del almuerzo descubrió, “con pánico” que le faltaba una cuchara y como no sabía decir “spoon”, se la pidió a un maestro en español. Uno de los niños oyó la palabra; la repitió y de inmediato todos los de la mesa empezaron a gritar “cuchara!, cuchara!”. Después, a la salida, dos o tres lo provocaron, repitiendo “la infame palabra” y Octavio tuvo que defenderse a golpes (Paz, *Itinerario* 15-16).

El *kinder* californiano fue su primera prueba de la relación divisiva entre las culturas mexicana y norteamericana,<sup>3</sup> disparidad que seguiría impresionándolo siempre.

Los padres y el niño volvieron a México, a la casa del abuelo en Mixcoac en 1919, y Paz Solórzano sirvió como miembro del Partido Nacional Agrarista en la Cámara de Diputados de 1919 a 1922 (Vizcaíno 45). En “Evocación de Mixcoac” Paz recuerda los dos colegios –La Salle (“El Zacatito”), francés, dirigido por hermanos de La Salle, donde pasó los cuatro primeros años de primaria; y el Colegio Williams, con sus “paradojas de la moral inglesa: gozábamos de gran libertad pero había un calabozo para los reincidentes y los castigos físicos no eran desconocidos [...]” (OC, XIV, 343). También recuerda su fascinación con la biblioteca privada de Ireneo Paz (“había muchos y grandes estantes llenos de libros”). En *Pasado en claro* revive las noches en que “máquinas transparentes del delirio, / dentro de mí los libros levantaban / arquitecturas sobre una sima edificadas” (23).

Como en toda la (re)meditación de su niñez y primera juventud –principalmente en Mixcoac– Paz en sus ensayos (*El laberinto de la soledad*, *Hombres en su siglo*, *Tiempo nublado*, *Posdata*, *Itinerario*, *El ogro filantrópico*) ve el presente, a veces “eterno”, como una actualización del pasado. Y piensa que la literatura moderna es una “larga pasión desdichada por la política” (“La letra ...” 1). Inició su experiencia literaria en la biblioteca ya mencionada del abuelo, donde muy joven pudo leer obras “prohibidas”, “Quizá por eso perdí la fe religiosa” (“Tiempos, lugares, encuentros” 328). El camino de Paz hacia el escepticismo político tiene origen en sus lecturas juveniles de Voltaire, a Zola, y de los filósofos alemanes (principalmente en ensayos traducidos que aparecían en la *Revista de Occidente*). En la Escuela Nacional Preparatoria hacia 1931 conoce la obra de Marcel Proust, la poesía mexicana y española contemporáneas, y la de Neruda.

<sup>2</sup> Si en verdad Paz ya tenía entonces seis años, significa que regresó a México en 1920. Pero probablemente fue antes. Es decir, en 1919, el año en que Zapata fue asesinado, y la función representativa de Paz Solórzano en California quedó terminada. En otro escrito, “Silueta de Ireneo Paz” (*Obras Completas*, XIV, 142), Paz recuerda sin precisar fechas lo siguiente: “Salí de México con mi madre y por una larga temporada vivimos en Los Angeles. La caída de Carranza y el triunfo de Obregón acabaron con el destierro de mi padre”.

<sup>3</sup> En “Tiempos, lugares, encuentros”, una extensa entrevista con Alfred MacAdam, reproducida en el volumen 15 de sus *Obras completas*, Paz recuerda que su padre salió exiliado y que después “mi madre y yo lo alcanzamos en Los Angeles. Allí nos quedamos casi dos años” (329).

Su llegada a la madurez, su punto de partida vital, se podría decir, viene en 1937, a los 23 años de edad. Es el año (en febrero) en que decide abandonar sus estudios para abogado. Ya en 1936, el 8 de marzo, se había muerto su padre atropellado por el tren en Mixcoac (hecho aludido en *Pasado en claro*). Poco después, conoció a su mediahermana (Paz la describe, años después, como “una mujer inteligente, que trabaja en el servicio exterior mexicano” en Centroamérica, pero no la identifica por su nombre) (“Octavio Paz” 74). En mayo se casa con Elena Garro; y en pocas semanas, la pareja llega a España vía París y Port Bou. Según Elena, las condiciones restrictivas del matrimonio se efectuaron desde el principio:

Me casé porque [Paz] quiso, pero desde entonces nunca me dejó volver a la universidad [ella había ingresado en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional en 1936]. Me dediqué a periodista [desde 1940] porque él ganaba muy poco dinero entonces y porque eso no opacaba a nadie, sino que producía dinero. Y me dediqué a callar porque había que callar. (Landeros 130)

En otro testimonio declara:

Durante mi matrimonio, siempre tuve la impresión de estar en un internado de reglas estrictas y regañones cotidianos que, entre paréntesis, no me sirvieron de nada, ya que seguí siendo la misma [...] Los mexicanos siempre compadecieron a Paz por haberse casado conmigo. Su elección fue fatídica! (Ramírez 35)

En resumen, entre mayo y diciembre de 1937 la pareja Paz-Garro se casa, se lanza a las aventuras de España y de París, y vuelve a México. En ese medio año se define claramente su incompatibilidad personal: ya han visto los signos de su verdadero destino. A partir de entonces entablan su largo duelo de egocentrismos.

Por un lado, Octavio Paz se distancia; se protege de posibles chismes y escándalos –sobre todo a causa de sus varios amoríos– por medio del silencio. Su egocentrismo le permite desconocer compromisos personales. Sus percepciones intelectuales lo ayudan a elaborar su autorretrato de personaje creador (el *autor* que en el fondo es también *actor*) libre de obligaciones extra-literarias (“El poeta no tiene autobiografía”). Y la mayoría de sus críticos, historiadores literarios y las amistades parecen haber aceptado ese juicio, pensando tal vez que el investigador no debe meterse en asuntos personales.

Por otro lado, Elena Garro (el autorretrato como libro abierto) no supo o no quiso defenderse. Su egocentrismo se extendía siempre hacia afuera, como si nos dijera: “miren el dilema que me tocó vivir”. Su obra narrativa, desde *Los recuerdos del porvenir* hasta *Testimonios sobre Mariana, e Inés*, rehace episodios de una existencia en la que alternan sus recuerdos y las críticas a su marido con un latente sentido de culpa: “En realidad –le cuenta a Luis Enrique Ramírez: yo nunca me enojé con Octavio. El fue





quien se enfadó conmigo, y tenía razón: le hice muchas majaderías” (*La ingobernable* 123). Pero queda claro que casi siempre ella –no él– fue la víctima. En *Memorias de España, 1937* se registran muchos enojos y desprecios de su marido.

Por ejemplo, al llegar a Barcelona y deprimida por el ambiente de destrucción que pesaba sobre esa ciudad, “Quise irme en seguida de España, ‘me quiero ir a mi casa’, le dije a Octavio Paz. Este se indignó ante mi estupidez: ‘No sé por qué te traje!’, dijo. Yo tampoco lo sabía, ni lo sé hasta el día de hoy” (13). Después en Valencia, al salir un libro de Stephen Spender, Paz cita en voz alta (“triumfante”) la referencia de Spender a un bombardeo reciente en Minglanilla en que aparecen “el guapo poeta Octavio Paz y su joven y bella mujer que en Minglanilla se puso histérica” (31). Más adelante ella también recuerda, “Paz me criticaba porque yo era vegetariana, y cuando se enfadaba me decía: ‘¿Sabes que Hitler también es vegetariano?’”(63).

A diferencia de esos recuerdos cándidos de Garro, Paz en sus propios textos suele expresarse en la forma de primera persona singular, en la que un persistente *yo* profesional, al mismo tiempo presente y remoto, desplaza al *nosotros* circunstancial –sobre todo cuando se trata de una participación concreta de Elena Garro. Entre otros lugares, esa tendencia se nota en una carta a su editor Pere Gimferrer (30 de agosto de 1982) en la que recuerda su estancia en los Estados Unidos, desde principios de 1944 en Berkeley, California. Allí llegó con una beca Guggenheim para investigar poesía contemporánea norteamericana. Los meses pasados en California le servirán también para juntar impresiones e ideas para su magistral *El laberinto de la soledad* (1950).

También recuerda en la carta a Gimferrer su experiencia en Vermont (el verano de 1945) como profesor de español en Middlebury College, donde conoce a Jorge Guillén y a Robert Frost (Paz, *Memorias y palabras* 228-231). Apunta que Frost vivía cerca de la universidad y que lo fue a visitar, que tomaron “cerveza tibia”, y que a Frost le interesaba la historia de la conquista de México. No menciona la muy diferente recepción brindada unos días después por el poeta norteamericano a su esposa, según recuerda Helena Paz Garro en sus *Memorias*. Parece que Frost se enojó mucho al ver que se acercaban a su casa Elena y unas alumnas de Middlebury: “Les lanzó piedras y les soltó a sus perros”. Tampoco menciona Paz que Garro aceptó de inmediato su orden de volver con Helenita a Nueva York al notar que su esposo andaba abiertamente con su amante de entonces: una chilena, Carmen Figueroa (Paz Garro, *Memorias* 36-37).<sup>4</sup>

En el contexto biográfico-literario, su breve experiencia docente en Middlebury y sus contactos y empleos rutinarios y mal pagados (entre ellos unos consulares y otro en doblaje de películas para Metro Goldwyn Mayer) en San Francisco y Nueva York resultaron ser decisivos. Cuando Middlebury en el otoño de 1945 le ofreció a Paz un puesto permanente

<sup>4</sup> Años después Paz dedicará un poema de *Ladera este* (1969), “Concierto en el jardín”, a Carmen Figueroa de Meyer. Probablemente se trata de la misma persona.

como profesor, tuvo que decidir entre esa oportunidad y otra, diplomática, del embajador mexicano en Washington, Francisco Castillo Nájera. Optó por la diplomática. Así, fue a París en diciembre en calidad de Tercer Secretario de la Embajada Mexicana. Después, en 1982, reflexiona: “Si yo hubiese aceptado el ofrecimiento [de Middlebury] (que era lo más cuerdo), mi vida habría sido totalmente distinta. Mi evolución poética también habría sido diferente. En lugar de haber sido amigo de los surrealistas y de Michaux y de Bonnefoy, habría conocido a los poetas norteamericanos de mi generación. Todos ellos vivían en el Este y todos ellos frecuentaban el mismo mundo universitario al que yo estaba destinado” (*Memorias y palabras* 230-231).

La diplomacia le importaba menos a Paz que a otros poetas hispanoamericanos de fama dedicados en alguna forma a ella (como Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Miguel Angel Asturias y Alejo Carpentier). Pero le permitió, aparte de los modestos sueldos del Servicio Exterior mexicano, dos beneficios esenciales: (1) tiempo libre para escribir y para relacionarse con autores europeos e hispanos que como él visitaban o vivían en París, y (2) la oportunidad de conocer de cerca las culturas y tendencias literarias que, desde diciembre de 1945 en Francia, durante unos meses de 1952 en Japón, y entre 1962 y 1968 en la India (cuando compone los poemas de *Ladera este*) que influirían mucho en su visión sensual y metafísica del mundo.

En un breve ensayo de 1991 (“Contextos y sextextos de Octavio Paz”) señalé dos etapas mayores en la obra poética de Paz: la primera de 1950 a 1970 y la segunda de 1970 a 1990. Observé que la primera es notable por su proceso de *materialización*, y la segunda por el de una *desmaterialización* (Earle 83-89). Importa ahora subrayar que las dos etapas no se contradicen: más bien forman una continuidad, por esencia *erótica*. Eso es, como en el acto sexual, lo que empieza al calor de la composición en el poema y se expresa en imágenes radicalmente físicas (“conjunciones” diría Paz) termina –otra vez, en el acto sexual como en el poema– y se expresa en imágenes más bien metafísicas que significan una vuelta a la soledad, o a la esfumación y alejamiento (“disyunciones”). La analogía de acto sexual y poema se destaca especialmente en *El mono gramático* (1974), curioso ensayo, a la vez lírico y teórico (el simio-protagonista es, además y nada menos, un sabio lingüístico). *El mono gramático* se basa en la leyenda hindú de un mono volador que realiza una compleja aventura erótica, paralela al proceso poético. Paz lo expresa, y explica, así:

El camino es escritura y la escritura es cuerpo y el cuerpo es cuerpos (arboleda). Del mismo modo que el sentido aparece más allá de la escritura como si fuese el punto de llegada, el fin del camino (un fin que deja de serlo apenas llegamos, un sentido que se evapora apenas lo enunciamos), el cuerpo se ofrece como una totalidad plenaria, igualmente a la vista e igualmente intocable: el cuerpo es siempre un más allá del cuerpo. (*El mono gramático* 123)



Entonces, la experiencia del amante-poeta (como la del mono sensual-sabio teórico) es una paradoja del cuerpo y del pensamiento: una gravitación (“camino”) del impulso físico hacia “un sentido que se evapora apenas lo enunciamos”. Es el fenómeno del cuerpo—de dos cuerpos—que al juntarse forman una inmaterialidad “más allá del cuerpo”.

Sin embargo, hay ocasiones (en verdad, pocas) en que Paz se siente forzado a interrumpir su acostumbrado distanciamiento de los problemas personales —como la mencionada en esta “confidencia”, en otra carta a Gimferrer (el 24 de abril de 1975):

Y algo de lo que nunca te he hablado pero de lo que estás enterado: la persecución de mi hija y de su madre. Ahora están en Madrid y desde allá, como siempre, oigo el zumbido furioso de las dos abejas coléricas. Cada vez que pueden, me clavan sus agujones envenenados y no cesan de urdir tretas y calumnias para extorsionarme, sacarme dinero, arruinarme, deshonrarme [...] Es horrible sentirse odiado. (*Memorias y palabras* 81)

Como muchas veces ocurre en las confidencias escritas, aquí se somete la realidad a una visión auto-justificadora. Con las intensas alusiones de su queja (“dos abejas coléricas” que no dejan de calumniar y deshonrarlo) Paz no menciona la pobreza extrema en que vivieron las dos Elenas en Madrid y Ávila desde el verano de 1974 hasta junio de 1981.

En todo lo que se materializa y se desmaterializa en la evolución lírica de Paz perdura un vigoroso sentido orgánico —*la copula*, maravilloso vocablo que une dos funciones literarias esenciales: el erotismo y la gramática. En *El mono gramático*, el sextexto culminante de Paz, hay una prolongada y profusa descripción de las sombras “proyectadas por el fuego de una chimenea encendida por dos amantes que son el catálogo de un jardín botánico tropical que son una alegoría de un capítulo de un poema épico [...]”, etc., etc. (55). Más adelante aparece Esplendor, quien —como la poesía— “no es cuerpo sino el río de signos de su cuerpo” (64), la perfecta imagen analógica de lo sexual y lo poético.

Esplendor termina su presencia en forma desmaterializada, a la vez que atrayente. Como tal, se distingue notablemente de otra figura, fugazmente recordada en el gran poema, *Piedra de sol* (1957), cuyo autor se presenta más carnal en sus miradas y latidos eróticos, y más retrospectivo en sus revivencias históricas de la muerte. La figura a la que me refiero es Elena Garro, metaforizada en el poema de esta manera:

no hay nadie, no eres nadie,  
un montón de ceniza y una escoba,  
un cuchillo mellado y un plumero,  
un pellejo colgado de unos huesos  
un racimo ya seco, un hoyo negro  
y en el fondo del hoyo los dos ojos  
de una niña ahogada hace mil años [...]



Garro reconoce su identidad momificada en carta (de 1982) a Emmanuel Carballo, al revelar que Paz y ella juntos habían leído y releído *Piedra de sol*, antes de que se publicara, y que la cruel descripción no la había ofendido.<sup>5</sup>

El desprecio especificado en *Piedra de sol*, y otros en sucesivas etapas de su relación, demuestran la creciente incompatibilidad de los dos. Mucho antes, a su edad de 21 años, Paz nos presenta en una de sus “Vigilias: Diario de un soñador”, fechada agosto de 1935, una imagen mucho más apasionante de la mujer –y mucho menos despreciativa– que la brujita de *Piedra de sol*. Pero lo notable es que entonces como después el poeta-amante sueña a una mujer más deseada que amada; es él (Paz, buscador de magias desconocidas) quien la posee –tanto sexual como estéticamente. El pasaje de “Vigilias” se lee en parte:

Estábamos sobre la tierra y tú eras una alta flor nocturna, blanca, que atravesaba la noche como la música penetrante y líquida de una flauta. Desnudos. En el amor nos desposamos de todo, de las alas y de las palabras; su desnudez es la desasida de la tierra, más pesada, aérea y firme, en su desnuda ligereza, que aire, cielo y agua [...] (Paz, *Primeras letras* 65)

En resumen, el egocentrismo erótico presente en gran parte de su obra parece reflejar en forma estética las ambiciones que Paz esperaba realizar, tanto en sus relaciones profesionales como en las amorosas. De las profesionales le importaban más las literarias –los contactos con Pablo Neruda, André Breton, Luis Cernuda, Kostas Papaioannou, Alfonso Reyes, Albert Camus, Pere Gimferrer, Carlos Fuentes, Charles Tomlinson, entre otros– y menos las diplomáticas.

Por otro lado las amantes identificadas por Helena Paz Garro en *Memorias* – Carmen Figueroa (chilena), Estelita Lastre (argentina), Emilia Perrusquia (mexicana) quien, “además, era lesbiana” (Paz Garro, *Memorias* 122), Monique Fong (hija de una francesa y un chino), Maka Tchernicheff, “hija de un príncipe ruso y de una mexicana” (*Memorias*, 385), y finalmente Marie José Tramini (francesa), su segunda esposa –no solo lo distraían o divertían sino que animaban sus paisajes líricos. Así, por ejemplo, en “Primero de enero”, reproducido en *Árbol adentro* (1987), se lee:

Estabas a mi lado  
y yo te veía, como la nieve,  
dormida entre las apariencias.  
El tiempo, sin nuestra ayuda,  
inventa casas, calles, árboles,  
mujeres dormidas.

<sup>5</sup> “Tienes derecho a decir lo que te parezca”, le dijo. Ver Emmanuel Carballo, *Protagonistas...*, 526.

En una entrevista de 1990 con Alfred MacAdam recuerda su predilección desde la edad de 17 por *L'Amour fou* (1932) de André Breton: “Me conquistó su exaltación del amor libre, la poesía y la rebelión” (MacAdam, “Tiempos, lugares...” 327-350). Esa declaración nos ilumina una vez más el concepto creador fundamental de Paz: la inseparabilidad del amor (libre y “loco”), de la poesía (libre creación), y de la rebelión (libre actividad política), su tríptico vital, digamos. Nótese que su inquieta pareja literaria compartía los mismos tres entusiasmos.

#### IV

Pero de diferente manera: Elena –en distintos escenarios otra practicante del amor libre, de las letras y de la acción política– se empeñaba en reconstruir por medio de obras narrativas su situación de “ninguneada”. Desde joven se acostumbró a ver la realidad como una permanencia anormal, e hizo suya la perspectiva expresada años después en la primera página de su novela *Testimonios sobre Mariana* (1981): “La vida está hecha de pedazos absurdos de tiempo y de objetos impares”.

Elena Garro nació en Puebla, México, el 11 de diciembre de 1916, días después de llegar su madre, Esperanza, desde España, tras un lento viaje en barco de tercera clase a Veracruz. Gloria Prado, sobrina de Elena, anota que el motivo del viaje fue “un pleito terrible con su esposo, Pepe Garro [...], porque así era mi hermana Esperanza, temperamental, impetuosa, incontenible” (Melgar y Mora, *Elena Garro* 23). En la misma semblanza familiar Prado dice que el abuelo materno de Elena, Tranquilino Navarro (“de tranquilo no tenía nada”) fue siempre activo en la política nacional, y por sus funciones de diputado constituyente y “partidario, amigo y colaborador” de Francisco Madero (y devoto como éste a la teosofía y al espiritismo), Victoriano Huerta lo mandó encarcelar. No menos activa, a su manera, fue su esposa (abuela de Elena), Francisca Benítez Navarro, profesora (y como su nieta, “siempre leyendo y fumando!”), y madre con Tranquilino de cinco hijos y cinco hijas. Dos de los hijos, “Samuel, el médico de Francisco Villa, y Saulo, uno de sus generales”, lucharon y murieron en la revolución. Así, como si fuera por herencia, Elena vivió sus fantasías de activismo rebelde.

Patricia Rosas Lopátegüi indica que hasta cuatro meses antes de morir (el 22 de agosto de 1998), Garro siempre había indicado 1920 como el año de su nacimiento. Su repetida alteración de la fecha tal vez refleje un deseo latente en la escritora de que hubiera vivido –a partir de la felicidad recordada de su niñez en Iguala– una juventud y una madurez muy diferentes de las que después le tocaron pasar. Por lo mismo, durante su madurez intentó que la imaginación literaria mejorara su existencia. Antes de iniciar su dura carrera de periodista y escritora, se imaginaba ser “general” o coreógrafa.

Sus experiencias de niña y las idiosincrasias asimiladas de su familia parecen haber alimentado esa tendencia. En una extensa carta enviada desde Madrid a Emmanuel Carballo el 29 de marzo de 1980 –pequeña joya literaria en sí– ella recuerda a sus



padres, al español (asturiano) José Antonio Garro y a la mexicana Esperanza Navarro (de Chihuahua) como “dos personas que vivieron siempre fuera de la realidad, dos fracasados, y que llevaron a sus hijos al fracaso” Pero también eran apasionados lectores que le enseñaron “la imaginación, las múltiples realidades, el amor a los animales, el baile, la música, el orientalismo, el misticismo, el desdén por el dinero, y la táctica militar leyendo a Julio César y a Von Clausewitz” (Carballo 506).

Así, a Elena Garro, escritora, se la puede identificar como heredera de esas mismas aficiones y “múltiples realidades”, revividas y complementadas por sus propios motivos. En su papel de “partícula revoltosa” se dedicó en diversas etapas de su vida a la danza, al teatro, a la activismo político, y (en 1947, como ya se mencionó) al suicidio. Su ideología política encerraba un curioso concepto de monarquía benévola, tal vez única en la historia. Según su hermana Devaki (izquierdista), la inclinación natural de Elena fue claramente de derecha, “y nadie lo creía porque la oían hablar como de izquierda. Ella pensaba en devolver a los zares al poder [...] [creía] en un sistema con un gobernante puesto por la mano de Dios pero que sirva realmente a su pueblo, algo que es absurdo, que no se va a dar nunca” (Ramírez 33). Interesa notar que cuando Gabrielle, narradora de la tercera parte de *Testimonios sobre Mariana* (1981) y confidente de la protagonista de esa novela, le pregunta si es “monárquica”, Mariana contesta precisando la ideología de su autora:

¡Naturalmente! Es la única manera de ser trascendente. Los reyes llegan al poder en estado de inocencia y son responsables de nosotros ante la Iglesia y ante Dios. Los presidentes llegan manchados de sangre, gozan de un poder que empieza y termina en ellos. ¡Un poder ilimitado! El pueblo no tiene a nadie a quien presentar sus quejas cuando se le atropella [...] (Garro 233)

Así era Elena. El mundo que soñaba era más justo pero inalcanzable, metaforizado en parte por Ixtepec, el pueblo y escenario fantasmal de su gran novela *Los recuerdos del porvenir* (1963). La más ingeniosa de sus novelas es, entre otras cosas, un reflejo onírico del ambiente vivido por la autora durante su niñez y primera adolescencia (entre los 9 y 17 años de edad) en Iguala, estado de Guerrero. Ella misma ilumina en uno de sus innumerables testimonios la amplitud y vitalidad de su imaginación creadora y, en un aspecto, picaresca:

En mi casa podía ser rey, general mexicano, construir pueblos con placitas, casas, calles, cuartel e iglesia en el enorme jardín por el que paseábamos [ella y su primo Boni] en burro o a pie. Mi casa estaba en Iguala, Guerrero, es decir, una de mis casas. También construimos un teatro y teníamos títeres. A veces me convertía en merolico y salía a vender ungüentos para curar todos los males. (Carballo 506)



Pensando en el juicio de Deva sobre el conflicto derechista-izquierdista en Elena, sus alianzas políticas parecen menos sorprendentes. Por un lado, apoyó activamente, como organizadora y periodista, al malhadado ex-director del PRI Carlos Madrazo (muerto con su esposa y otras 69 víctimas en un accidente aéreo sospechoso el 4 de junio de 1969) motivada por los intentos de Madrazo de democratizar el proceso político mexicano. En cambio, asistió al entierro del General Francisco Franco (muerto el 20 de noviembre de 1975 y sepultado al día siguiente al lado de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange), acto que se celebró en el opulento mausoleo que al terminar la Guerra civil Franco mandó construir en el “Valle de los Caídos” al norte de Madrid. Por otra parte, a Elena no le faltaban juicios acertados, por ejemplo su concepto pragmático de las revoluciones. Declaró que “todas las revoluciones [...] la francesa, la mexicana, la rusa, son caníbales, al final se alimentan de los revolucionarios” (Covarrubias 48). En efecto, la revolución mexicana, tanto en su etapa inicial y más violenta (1910-1920) como en su prolongación intermitente durante el resto del siglo xx, “se alimentó”, entre otros, de Francisco Madero, Felipe Ángeles, Emiliano Zapata, Venustiano Carranza, Pancho Villa, Álvaro Obregón, los líderes campesinos Rubén Jaramillo y Ededino Montiel Barona, Carlos A. Madrazo, y de Donald Colosio (candidato presidencial en 1994), todos asesinados.

Como Octavio Paz, Elena nació y creció entre las tensiones y percances de un país políticamente inestable. Ya se observó que dos tíos suyos –Samuel y Saulo Navarro– murieron luchando al lado de Pancho Villa; y abundan los recuerdos de su vida a partir de 1926, cuando llegó con su familia a Iguala. Es la época en que estalla la guerra cristera (1926-1929) en varias regiones de México, y cuyo ambiente ella reconstruirá después en *Los recuerdos del porvenir*. Respecto a ese conflicto armado, recuerda que “mi héroe era el padre Pro [líder de los cristeros que se rebeló contra el gobierno federal por las restricciones que éste había impuesto a la iglesia católica] y mi enemigo Plutarco Elías Calles”.

En la citada carta a Carballo (29 de marzo de 1980) cuenta que durante los primeros cuatro o cinco años que pasaron en Iguala no había escuela en el pueblo. Por eso, ella y sus hermanos tenían clases en casa con el profesor Rodríguez, “de gran bigote y enorme sabiduría”, quien –al pedir un día a los niños un texto que sirviera de modelo para la invitación a un “baile en palacio”– “descubrió que yo era una gran escritora”. El padre de Elena (Antonio) y su tío Boni –los dos, antes de casarse, iban a ser frailes– fueron sus maestros de latín y de francés. Es obvio, como se nos revela en la misma carta, que Elena Garro, desde niña, se entusiasmaba por convertir su imaginación en actos concretos. Los ejemplos, estimulados por una fuerza de voluntad irrefrenable, son muy variados:

(1) A una hermana menor (“Estrellita”) la escondían varias veces Elena y su otra hermana (Deva) en un tinaco seco en el tejado y entraban a la casa gritando “Estrellita se perdió”. La búsqueda duraba “hasta la hora convenida para la reaparición”.



(2) A un hermanito lo “tirábamos a la fuente para ‘ver cómo se ahogaba’”. Afortunadamente, gracias a los ladridos de alarma del perro familiar en el momento de la última “prueba”, el niño sobrevivió.

(3) Una noche en su propia casa se disfrazó de bandido y esperó—puñal en la mano— a que pasara desde la oficina de su padre el criado Rutilio con una bolsa llena de pesos. Al verse amenazado Rutilio “sacó unas tijeras enormes y se me vino encima” y Elena tuvo que gritarle con su verdadera voz, ‘Soy yo, Rutilio!’, y se echó a reír.

(4) Finalmente, hay que incluir en su repertorio de curiosas aficiones la de pirómana: “Amaba el fuego, y un día le prendí fuego a la casa de doña Carolina Cortina [...] Me encantaron las llamaradas que produje en su recámara” (Carballo 510).

Su padre, que no compartía ese entusiasmo por los incendios, decidió que ella ya “era insoportable y merecía el internado”. Por eso, en 1931 la inscribió en la misma escuela (“muy elegante”) de la capital mexicana donde ya asistía su hermana Deva. Pero dentro de dos meses se fugó y volvió a Iguala, a pesar de que “el colegio era muy elegante” y que allí había formado algunas amistades Elena recuerda que desde 1931 o 1932 “quería ser bailarina o general” y no pensaba ser escritora. Pero la lectura le fascinaba. “La idea de sentarme a escribir en vez de leer me parecía absurda”. En cambio, “abrir un libro era una aventura inesperada”: afición que compartía con Esperanza Garro, su madre. Fue su padre, José Antonio, quien la animaba a combinar esa misma afición con la de escritora (Carballo 514) y esa confianza en el talento de su hija resultó ser efectiva.

La obra de Elena Garro se funda en una síntesis de lo histórico y lo personal. En sus textos narrativos y teatrales vive—revive— los escenarios de su siglo: incluso del juicio y muerte de Felipe Ángeles en 1919 (en su obra teatral, *Felipe Ángeles*); las aventuras infantiles de Iguala transformadas en las magias realizadas en la forma del pueblo de Ixtepec (*Los recuerdos del porvenir*); los meses de testigo de la guerra civil en España en el verano de 1937; las luces y sombras de su participación en la vida neoyorkina de 1945 que reaparecen en el cuento largo “Andamos huyendo Lola” (nótese que Lola es una gata que encerrada en un armario o refugiada debajo de algún sofá o cama experimenta en este relato y varios otros, y en compañía de otro felino (Petrouchka), la soledad y miedo compartidos con sus dueñas—es decir, son reflejos enfáticos de las dos Elenas); y, especialmente, el espectro sombrío de un marido distante a la vez que exigente y egoísta (eso es, Octavio Paz) en *Inés y Testimonios sobre Mariana*.

En “Debo olvidar...” (otro cuento de la colección titulada *Andamos huyendo Lola*) Garro revive, otra vez con Lola y Petrouchka, la soledad, el miedo y la miseria que ella y su hija pasaron en España entre 1974 y 1981. El narrador encuentra—en su habitación del lúgubre hostal en el octavo piso de un edificio comercial de Madrid— un manuscrito, el diario personal de una mujer quien, con su hija Lucía, antes ocupaba el mismo cuarto. El diario describe la situación precaria en que viven las dos mujeres sin dinero y con sus dos gatos escondidos. Los dueños del hostal son espectacularmente feos y crueles y



“les disgusta que hablemos con los huéspedes” (Garro, *Cuentos* ?). La autora del diario (no identificada con su nombre) y Lucía saben que, poco antes de su intento de huir con Lola y Petrouchka en un saco, se comete un crimen violento –probablemente un asesinato– en otro cuarto del hostel. El narrador y nuevo huésped descubre las hojas del diario en el mismo armario en que antes estaban escondidos los gatos y, asustado por la posibilidad de que se le acusara de complicidad en el crimen decide al final del cuento desconocer lo que había visto y oído y dar sentido al título puesto por Garro, “Sí, debo olvidar que leí estas páginas”.

“Andamos huyendo Lola” y “Debo olvidar...” no son las únicas historias en que figura el triste destino de una madre y su hija. Inés, protagonista en la breve novela *Inés* (1995), es testigo y –a consecuencia– víctima de los habitantes e invitados de una casa endemoniada de París. (Las monjas que educaron a Inés en un convento de Madrid la han enviado a trabajar allí de sirvienta). Javier, señor de la casa e imperioso amante de varias mujeres tan raras como él, aparte de ser –según Paula su esposa– homosexual, organiza fiestas satánicas en cuartos cerrados de su casa. Inés, cerca del fin, huye de la casa, para terminar acuchillada y muerta en la calle: desconocida y sin papeles: la perfecta “No-Persona” En cuanto a Paula y su hija Irene (evidentes reflejos de Elena Garro y de Helena Paz), no volverán a ver al extraño patriarca. La obra termina:

Estaba previsto que el señor Javier no viera nunca más a Paula ni a su hija, que lo incitaban a sus crisis sentimentales. Javier entendió su enorme error y en pocos años llegó a ser la cabeza del Círculo Industrial R.A.D.O. de Toronto, Canadá. (Garro, *Inés* 160)

Cabe mencionar la escena realizada en un restaurante de París, “Le Petit Pave”, donde una noche Javier entra de mal humor con Paula, quien no se sorprende mucho al oír la orden (“con voz cortante”) de su marido: “–¡Haz el favor de pedir el plato menos caro! Gasté mucho con Gina’ [su amante principal del momento] (*Inés*, 139). Con ese incidente Garro confirma en forma novelada la misma tacañería recordada por Helena Paz en sus *Memorias* durante su estancia en Japón: “En el hotel Imperial había restaurantes de lujo pero nosotros siempre íbamos a una cafetería barata, Peter’s. Mi padre se pedía un sirloin steak y, para mi madre y para mí, tortillas de huevo” (260-261).

*Testimonios sobre Mariana* (1981), novela que le mereció a su autora el Premio Juan Grijalbo de 1980, es probablemente la obra en que mejor se manifiestan las sombras y tristes agujeros del matrimonio Paz-Garro. La segunda de sus tres narradores, Gabrielle, dice de Augusto y Mariana (claros retratos de Octavio y Elena) que no espera descubrir nunca “el secreto de la pareja Mariana-Augusto, que nunca fue pareja” (Garro *Testimonios* 123). Ramón (en la realidad: “Finki”, Ramón Araquistain, quien, por 1946, dejó embarazada a Elena) y Barnaby (realmente el *playboy* y director de cine Archibaldo Burns, aparte de ser muy amigo de Octavio Paz) representan en la novela a los dos amigos más íntimos de Mariana, así como el amante “suramericano” Vicente hace el



papel –tanto en persona como por teléfono y carta– del escritor argentino y también infelizmente casado Adolfo Bioy Casares, con quien Elena sostuvo durante varios años la única relación realmente romántica de su vida. En suma, *Testimonios sobre Mariana* no solo es un *roman à clef* con su registro completo de personajes “reales” sino el diario retrospectivo, íntimo y detallado de su autora, elaborado por ella en un estado de profunda desilusión. En la segunda de sus tres partes se nos cuenta de las maniobras hechas para esconder un baúl con las memorias de Mariana ocultas en un apartamento de París, y de los éxitos (solamente imaginados) de ella y de su hija Natalia (quien representa a Helena Paz Garro a través de la novela).

Como Paz de niño en su propia casa de Mixcoac, Garro conoció en la biblioteca de sus padres –tanto en Iguala como en la capital– las obras que le despertaron su amor al teatro, en especial del siglo de oro español (Lope de Vega, Calderón de la Barca) y del griego clásico (Eurípides, Sófocles). Octavio Paz –desde casarse hasta veinte años después– se opuso a cualquier participación de Elena en el teatro.

Pero en 1957 no solamente le permitió sino que le pidió para su programa de “Poesía en Voz Alta” en México que escribiera tres piezas de un acto (*Andarse por las ramas*, *Los pilares de doña Blanca*, y *Un hogar sólido*). Y al año siguiente la Universidad Veracruzana las publica junto otras cuatro piezas suyas, bajo el título de *Un hogar sólido*.

Así es como Elena Garro llegó a publicar el primero de todos sus libros en noviembre de 1958, un mes antes de cumplir los 42 años.

Poco tiempo antes había empezado a escribir la memorable tragedia, *Felipe Ángeles*, que no se publicaría en su primera edición hasta 1967 y se estrenó más de diez años después en el Teatro de la Ciudad Universitaria. La obra se basa en el deshonorante juicio y condena de muerte al general Felipe Angeles que se realizó el 26 de noviembre de 1919 en Chihuahua –en el teatro irónicamente llamado de los Héroes. Su protagonista es el más honorable de los revolucionarios, el semi-olvidado Felipe Angeles (1868-1919), general, artillero y matemático al servicio, primero, de Madero y, después, de Villa. Este drama es –junto con *Un hogar sólido*, de un acto– su mejor logro teatral.

La tardanza en publicarse *Felipe Ángeles*, como la de las novelas *Los recuerdos del porvenir*, y *Matarazo no llamó...*, *Testimonios sobre Mariana*, e *Inés*, nos queda como símbolo apto del menosprecio, o *ninguneo*, o desconocimiento impuestos por la mayoría de los críticos a la obra de Elena Garro durante toda su vida profesional.

Sólo gracias a la intervención de su cuñada Devaki (hermana de Elena) y de su hija Helena, Octavio Paz no cumplió con su intención de presentarse como el verdadero autor de *Felipe Ángeles*. Helena Paz Garro explica el caso así:

Yo estaba en México, en el Liceo Francés, y un día me habla mi tía Deva horrorizada [...] y me dice: “Haz algo, Chatita, porque tu papa ya me dijo que va a publicar Felipe Angeles bajo su nombre”. “Ay no, qué canalla, no es posible”. Que me voy corriendo de



la escuela y le dije: “Oye, tú publicas Felipe Ángeles bajo tu nombre y yo te denuncio, vas a ver cómo te pongo”.<sup>6</sup>

Felizmente para la inmortalidad y el mundo de los lectores, a último momento Octavio Paz accedió en sacrificar sus posibles laureles de dramaturgo, reconociendo tal vez que las obras literarias (y por extensión el curso de la historia literaria) no deben ser material de trampas vanidosas –ni mucho menos del plagio en grande– y no firmó el manuscrito de *Felipe Ángeles*.

## BIBLIOGRAFÍA

- Breton, André. *L'Amour fou*. Paris: N.R.F., 1938.
- Carballido, Emilio. “Elena Garro y el teatro campesino”. *El Buho* suplemento cultural de *Excelsior* (México, 5 de enero de 1992): 6.
- Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Alfaguara, 2005.
- Covarrubias, Miguel. *Junto a una taza de café: Conversaciones*. Monterrey: Ediciones Castillo, 1994.
- Earle, Peter G. “Contextos y sextextos en Octavio Paz”. *Carnal Knowledge: Essays on the Flesh, Sex and Sexuality in Hispanic Letters and Film*. Pamela Bacarisse, ed. Pittsburgh: Ediciones Tres Ríos, 1991. 83-89.
- Gálvez, Felipe, ver: Paz Solórzano, Octavio.
- García Márquez, Gabriel. *Vivir para contarla*. New York: Alfred A. Knopf, 2002.
- Garro, Elena. “Andamos huyendo, Lola” y “Debo olvidar”. *Cuentos, Obras reunidas*, Vol. I (261-281, y 289-308).
- \_\_\_\_\_. *Cuentos, Obras reunidas*, Vol. I. (ed. Lucía Melgar). México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- \_\_\_\_\_. *Inés*. México: Editorial Grijalbo, 1995.
- \_\_\_\_\_. *Matarazo no llamó...* México: Editorial Grijalbo, 1991.
- \_\_\_\_\_. *Memorias de España, 1937*. México: Siglo XXI Editores, 1992.
- \_\_\_\_\_. *Los recuerdos del porvenir*. México: Joaquín Mortiz, 1963.
- \_\_\_\_\_. *Teatro de Elena Garro*. (Incluye *Felipe Angeles* y tres obras en un acto). New Mexico: Rosas Lopátegui Publishing Co., 2000.
- \_\_\_\_\_. *Testimonios sobre Mariana*. México: Editorial Grijalbo, 1981.
- Landeros, Carlos, *Los Narcisos*. México: Editorial Oasis, 1983.
- \_\_\_\_\_. *Yo, Elena Garro*. México: Random House Mondadori, 2007.
- MacAdam, Alfred, “Tiempos, lugares, encuentros”. Entrevista con Octavio Paz [1990], reproducida en Paz, *Obras completas*, XV, 327-354.

<sup>6</sup> Citado de una entrevista de Patricia Rosas Lopátegui con Elena Garro y Helena Paz, en *Proceso*, no. 1139 (30 de agosto de 1998), pp. 50-58.



- Melgar, Lucía y Mora, Gabriela (eds.), *Elena Garro: Una personalidad compleja*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2002.
- Mora, Gabriela. Ver: Melgar y Mora (eds.).
- Paz, Octavio. *Obras completas* (vols. XIV y XV). México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- \_\_\_\_\_. “Cómo y por qué escribí *El laberinto de la soledad*”, en *Itinerario* (13-42). México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- \_\_\_\_\_. *El laberinto de la soledad* (2a. ed.). México: Fondo de Cultura Económica, 1959.
- \_\_\_\_\_. *Ladera este*. (2a ed.), México: Joaquín Mortiz, 1970.
- \_\_\_\_\_. “Más allá de las fechas, más acá de los nombres”, en *Obras completas*, XIV, 259-263.
- \_\_\_\_\_. *Memorias y palabras, Cartas a Pere Gimferrer, 1966-1997*. México-Barcelona: Seix-Barral, 1999.
- \_\_\_\_\_. *El mono gramático*. Barcelona: Seix-Barral, 1974.
- \_\_\_\_\_. *Pasado en claro* (2a. ed.). México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- \_\_\_\_\_. *Piedra de sol*. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.
- \_\_\_\_\_. *Primeras letras (1931-1943)*. Enrico Mario Santí, ed. México: Editorial Vuelta 1988.
- Paz Garro, Helena, *Memorias*. México: Editorial Océano, 2003.
- Paz Solórzano, Octavio (padre de Octavio Paz), *Hoguera que fue*. Felipe Gálvez, ed. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- Prado, Gloria (sobrina de Elena Garro). “Lazos de familia”, en Melgar y Mora, 23-36.
- Ramírez, Luis Enrique. *La ingobernable: Encuentros y desencuentros con Elena Garro*. México: Raya en el Agua, 2000.
- Romano, Carlin, [sobre Kurt Vonnegut] en *The Philadelphia Inquirer* (15 de abril de 2007): D5.
- Rosas Lopátegui, Patricia. *Testimonios sobre Elena Garro*. Monterrey: Ediciones Castillo, 2002.
- \_\_\_\_\_. *Yo solo soy memoria. Biografía visual de Elena Garro*. Monterrey: Ediciones Castillo, 2000.
- \_\_\_\_\_. *El asesinato de Elena Garro. Periodismo a través de una perspectiva biográfica* (prólogo de Elena Poniatowska). México: Editorial Porrúa y Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2005.
- \_\_\_\_\_. “Entrevista con Elena Garro y Helena Paz”. *Proceso* 1139 (30 agosto 1998): 50-58.
- Santí, Enrico Mario. Ver: Paz, Octavio, *Primeras letras*.
- Sheridan, Guillermo. *Poeta con paisaje: Ensayos sobre la vida de Octavio Paz*. México: Ediciones Era, 2004.
- Vasconcelos, José. *Ulises criollo* (prólogo de Emmanuel Carballo). México: Editorial Trillas, 1998.



- Vega, Patricia. "Elena Garro en la abolición del tiempo". Ver: Melgar y Mora, 138.  
Vizcaíno, Fernando. *Biografía política de Octavio Paz, o la razón ardiente*. Málaga:  
Editorial Algazara, ?  
Vonnegut, Kurt. Ver: Romano, Carlin.



